

PARA ALCANZAR LA FELICIDAD

¿PODÉMOS SER FELICES?

A la pregunta de si podemos ser felices, los cristianos respondemos que sí; porque según la fe de la Iglesia, apoyada en la Sagrada Escritura y en la Tradición, nos afirma que: «*Dios nos creó por amor para compartir con nosotros su inmensa felicidad*».

Pero para poder aclarar ésto es mejor empezar aclarando quién es Dios. Y empezaremos diciendo que Dios es el Ser Supremo, todopoderoso, Creador y Señor de todas las cosas.

Tanto la ciencia, como la razón y la fe, están de acuerdo en afirmar que hace muchos millones de años no existía nada material de todo cuanto ahora conocemos. No existía la Tierra, ni el Sol, ni la Luna, ni las Estrellas. Todo el universo y cuanto ahora conocemos empezó a existir en un determinado momento del tiempo; no hay nada que haya existido siempre, solamente Dios es eterno.

Y pues, si antes no había nada, y ahora hay tantas cosas, ¿quién las creó?

Cualquier persona, medianamente instruida y que sepa razonar, tiene que comprender que de la nada nunca puede salir nada. Y si donde nunca hubo nada, alguna vez empezó a haber algo, alguien tuvo que ponerlo allí.

El universo es ese espacio infinito del firmamento, donde los sabios saben que hace muchos millones de años no había nada, y que ahora esta lleno de mundos inmensos y de estrellas colosales que asombran a los científicos que las contemplan con sus grandes telescopios.

Nosotros, la gente ordinaria, pocos tenemos acceso a esos potentes telescopios, pero sí podemos ver por televisión las maravillas de nuestro mundo, en reportajes donde nos muestran la flora y la fauna

de nuestro planeta.

Contemplando tantas maravillas, por su grandeza, hermosura y perfección, analógicamente se puede conocer a Dios (Sab. 13, 5).

Pues, como afirma San Pablo (Rm. 1, 18-21), por las perfecciones de la Naturaleza, se puede llegar a conocer la sabiduría y el poder de Dios. Pues el mismo Dios que hace millones de años creó el universo y lo pobló de mundos gigantes, es el que a diario está haciendo germinar las semillas y crecer y florecer los campos, así como toda la enorme variedad de animales que nacen y pueblan el mundo, incluido el hombre. Porque si Dios no estuviera en todo momento, dándonos el aliento, la vida y todo lo que somos, no podríamos vivir, ni aun siquiera existir. El es quien nos trae a la existencia y nos da la vida que tenemos (Hech. 17, 25-28).

Si Dios no existiera, no podría haber ninguna otra cosa, porque El es el Creador de todo: de lo que empezó a existir hace muchos millones de años, como es el mundo sideral, y de lo que está naciendo cada día delante de nuestras miradas, e incluso en nuestro mismo organismo. Pues si no fuera por El, dejaría de correr nuestra sangre por las venas, de respirar nuestros pulmones y de latir nuestro corazón.

Todo esto nos indica la grandeza y el poder de Dios, que, aturridos ante tanta grandeza, solamente podemos decir y asegurar con certeza, que Dios es infinitamente sabio e infinitamente poderoso.

Pues bien: Ese Dios que todo lo sabe y todo lo puede, es muy fácil comprender que tiene que ser muy feliz, pues sabe todo lo que le conviene y no hay nada que no pueda conseguir.

También sabemos que Dios es eterno: es decir, que siempre ha existido y que siempre existirá. Que Dios ha existido siempre, no es solamente una verdad de fe, sino que lo es también de sentido común, pues si hubiera habido algún tiempo en que Dios no hubiera existido, nunca hubiera existido nada, ya que la lógica nos dice que El es el único Creador.

También sabemos que Dios es infinitamente feliz: pues como es infinitamente sabio e infinitamente poderoso, conoce y tiene todas las cosas que pueden proporcionar placer y felicidad.

A Dios también se le llama la Santísima Trinidad, porque Dios no es una sola persona, sino tres: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El Padre es extraordinariamente feliz amando a su Hijo, y el Hijo es igual de feliz amando al Padre. Y el amor del Padre y del Hijo se funde en el Espíritu Santo, que recibe en sí el amor de ambos. Y este amor trino y divino es su mayor felicidad.

Y como este amor que se tienen entre sí es tan grande, están tan unidos por el amor que, los tres piensan igual, los tres quieren igual y los tres hacen todo con un solo pensamiento, un sólo deseo y una sola voluntad. Y es por eso que, aunque son tres personas distintas, no son más que un sólo Dios.

Y es por eso que, Dios en la eternidad, nunca estuvo solo: allí estuvieron las tres divinas personas amándose con plena dicha y felicidad, desde siempre, desde toda la eternidad.

Pero Dios sobre todo es bondad. «Dios es amor», nos dice la Biblia (1 Jn. 4, 8). Y el amor tiende a compartir sus bienes, por eso no quiso quedarse con su felicidad para El solo, sino que decidió crear otros seres, para compartir con ellos su eterna felicidad.

Primero creó a los ángeles: espíritus purísimos, de extraordinaria hermosura y de muy grande inteligencia y poder. Los creó para la gloria, para que estuvieran siempre cerca de El disfrutando de sus infinitos bienes y maravillas.

Pero Dios además de ser infinitamente

bueno es también infinitamente justo, y no le pareció bien llevarlos desde el momento de su creación a la gloria, sin mérito alguno por parte de ellos.

Y es por eso que Dios, aunque creó a los ángeles en el cielo, no les dió enseguida la gloria, sino que antes los hizo pasar por una prueba, donde deberían demostrar a Dios su amor y su agradecimiento por los bienes que les ofrecía.

A ciencia cierta aun no hemos podido saber en qué consistía la prueba, lo que sí sabemos es que no todos fueron agradecidos y obedientes a Dios, y para los que pecaron Dios creó los infiernos, y para los que le fueron obedientes y fieles, creó la más maravillosa gloria, donde gozan de placeres y delicias que superan todo conocimiento, y su felicidad no tendrá fin.

LA CREACIÓN DEL HOMBRE.

Antes de crear Dios al hombre, primeramente hizo el universo con todas las estrellas y planetas. La Sagrada Biblia en el Génesis nos describe la creación por Dios de todas las cosas.

Para morada del hombre eligió Dios un jardín en la tierra, llamado «Paraiso Terrenal». Allí fue donde creó Dios a nuestros primeros padres Adán y Eva; reproduciéndolos a su misma imagen y semejanza, y otorgándoles la divina gracia, con la cual participaban de la misma naturaleza divina de Dios, concediéndoles la adopción de hijos y constituyéndolos herederos de su gloria.

¿Qué más podía desear el hombre que ser de la misma naturaleza divina de Dios y ser su hijo, con derecho a heredar su gloria?

Pero antes de concederles definitivamente estos dones, era muy justo que también pasaran alguna prueba. Tenían que demostrar a Dios su agradecimiento por todo lo que les regalaba, y así deberían obedecerle siquiera en un mandamiento.

Dios hizo al hombre dueño y señor de toda la creación, para que la dominara y sometiera a su poder. Por eso el hombre no es, como piensan algunos, «un

simple animal racional»; pues los animales fueron creados para el servicio del hombre y son mortales, mientras que el hombre fue creado inmortal, con capacidad de vivir para siempre sin experimentar la muerte. Y aunque por el pecado mereció la muerte, solamente muere en cuanto al cuerpo, pero su alma no muere, que, inmediatamente que muere el cuerpo se presenta delante de Dios, espiritualmente como un ángel, y sigue siendo inmortal.

Es verdad que el hombre ahora, mientras vive en este mundo, tiene un cuerpo animal, que es lo que se ve, y que tiene algo de parecido al de los animales; pero lo que de verdad identifica al hombre, es el espíritu con sus tres potencias de memoria, entendimiento y voluntad, por donde no solamente somos similares a los ángeles, sino que además, por la gracia participamos de la misma naturaleza divina de Dios.

Mientras vivimos en este mundo, nuestro cuerpo, a causa del pecado original, está embrutecido y sometido a los instintos animales. Pero si luchamos para dominarlo y someterlo a la razón, como nos manda Dios, después resucitaremos con un cuerpo glorioso, espiritualizado y divinizado, como nos dice San Pablo (1 Cor.15, 44).

El hombre, a causa del pecado de Adán está condenado a morir corporalmente; pero inmediatamente después de la muerte, Dios nos resucitará, y nos premiará o castigará, según nuestras obras. Por tanto, la muerte no es el fin de la vida, sino el principio de una vida sin fin.

LA PRUEBA.

Ya hemos dicho que Dios cuando creó a los ángeles, antes de llevarlos a la felicidad de la gloria, los sometió a una prueba, y muchos que fueron desobedientes a Dios, se convirtieron en demonios y los mandó a los infiernos.

Y cuando Dios creó a Adán y Eva, también fueron sometidos a una prueba fácil, que no obstante no superaron, por lo que las cosas se complicaron tanto que, no solamente ellos, sino también

toda su descendencia estamos condenados a tener que soportar en este mundo una vida muy dura y difícil, que concluye con la muerte.

Pero si fue mucho lo que perdimos con el pecado de Adán y Eva, es mucho más lo que hemos ganado con la redención de Jesucristo, que pagó por él mucho más de lo que era necesario, y todo ese tesoro de méritos nos los dejó a nosotros y son el gran tesoro de la Iglesia.

ESTA VIDA NOS ES LA VIDA.

Convenzámonos de que esta vida de este mundo, no es la vida definitiva y verdadera para la cual hemos nacido. Todos nosotros hemos nacido para una vida maravillosa y feliz, que empieza después de la muerte y dura eternamente. Pero antes hemos tenido que pasar por este mundo donde vamos a ser probados muy duramente; pero que, cuanto mayores sean las dificultades que tengamos que superar, mucho mayor será la eterna recompensa.

Porque en el cielo, no todos tendremos la misma gloria, sino aquella que cada cual se haya conquistado en este mundo, con la ayuda de Dios y nuestra buena voluntad.

Por eso decía Santa Teresa: «Después que el Señor me dió a entender la diferencia que hay en el cielo de lo que gozan unos a lo que gozan otros, y cuanta es la diferencia, no querría yo por mi culpa perder nada de tanta gloria» (Vid. c. 37).

La Biblia nos asegura que Dios recompensará a cada uno de acuerdo con sus obras. Veamos algunos textos:

Dios ha de pagar a cada uno según sus obras, dando la vida eterna a los que, por medio de la perseverancia en las buenas obras, aspiran a la gloria, al honor y a la inmortalidad (Rm. 2, 6-7).

Cada uno recogerá su propio salario en la medida de su trabajo (1 Cor. 3, 8).

Quien escasamente siembra, escasamente recogerá; y quien siembra a manos llenas, a manos llenas recogerá (2 Cor. 9, 6).

El Hijo del hombre ha de venir revestido de la gloria de su Padre, acompañado de sus ángeles, y entonces dará el pago a cada uno conforme con sus obras (Mt.16, 27).

Y los que hayan hecho obras buenas resucitarán para la vida; pero los que las hicieron malas, resucitarán para ser condenados (Jn. 5, 29).

No nos cansemos, pues, de hacer el bien; porque si perseveramos, a su tiempo recogeremos el fruto (Gal. 6, 9).

Tuya es la gracia; tú a cada uno darás según sus obras (Sal. 61, 13).

Dios en el cielo a cada uno le dará la felicidad de acuerdo con lo que aquí haya hecho, pero de una forma muy desproporcionada, porque las obras del que está en gracia están revaloradas con los méritos de Jesucristo.

Por eso dice San Pablo: *«En verdad, yo estoy persuadido de que los sufrimientos de la vida presente no tienen comparación con aquella gloria venidera que para siempre se ha de manifestar en nosotros (Rm. 8, 18). Porque las aflicciones tan breves y tan ligeras de la vida presente, nos producen el eterno galardón de una sublime e incomparable gloria (2 Cor. 4,17).*

La gloria del cielo es tan excesiva que es infinitamente superior a todo cuanto hasta ahora *«el ojo humano vió ni el oído oyó, ni pasó al hombre por el pensamiento lo que Dios tiene preparado para aquellos que le aman» (1 Cor. 2, 9).*

CONCLUSIÓN

Por la Biblia y por lo que nos dijo y enseñó Jesucristo, está claro que Dios nos creó con el unico y exclusivo fin de hacernos felices. El como Padre bueno disfruta muchísimo y es muy feliz viéndonos felices a nosotros. Pero esa felicidad no nos la puede dar en este mundo, porque a este mundo no hemos venido a pasarlo bien, sinó a demostrarle a Dios

que le amamos y somos agradecidos.

Dios, además de ser infinitamente bueno, es también infinitamente justo, y es por eso que nos ha mandado por un corto espacio de tiempo a este mundo, a ganar méritos para el cielo.

¿No creéis que sería tremendamente injusto que Dios nos llevara a todos al cielo y nos hiciera igualmente a todos felices?.

En el mundo hay muchas almas buenas que son merecedoras del cielo; pero también está lleno de canallas y sinvergüenzas que merecen ser castigados. Y para eso hemos venido a este mundo, para que se conozca quién es el bueno y quién es el malo.

Para ganarse el cielo no hace falta otra cosa más que obedecer a Dios guardando los mandamientos; pero ésto no nos será posible sin la ayuda de Dios, y Dios no concede su ayuda mas que a aquel que se la pide. Por eso es tan necesaria la oración, y por eso afirman los santos que, sin oración no hay salvación.

La devoción a la Santísima Virgen, el encomendarnos a Ella con frecuencia y el rezar el Rosario todos los días es de muchísima importancia para tener asegurada la salvación.

Si quieres ser feliz, no te adelantes: no trates de quererlo ser ya desde ahora; porque los que son aquí felices, ordinariamente allí son unos desgraciados. Recuerda la parábola del rico epulón, que casi consiguió ser feliz un poco de tiempo en este mundo, pero ahora ya podría llevar mas de dos mil años en el infierno.

Recuerda también al mendigo Lázaro, que pasó mucha hambre y dolores en todo su cuerpo; pero si como fue una parábola hubiera sido un caso real, ¿qué comparación pueden tener treinta o cuarenta años de trabajo comparados con toda una eternidad de placeres?.